



temas de hoy

Novela

249 g

42 301 palabras

Diario de un vacío

Emi Yagi

*¿Mentimos
para sentirnos
menos solos?*



EMI YAGI
DIARIO DE UN VACÍO

Traducción de Fernando Cordobés y Yoko Ogihara

Título original: *KUSHIN TECHO*

© Emi Yagi, 2020

Publicado originalmente en japonés por Chikumashobo Ltd., Tokyo
Esta edición se ha acordado con Chikumashobo Ltd. por mediación
de The English Agency (Japan) Ltd y New River Literary Ltd.

© por la traducción, Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2021
Corrección de estilo a cargo de Cristina Lizarbe

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-9998-904-4

Depósito legal: B. 1.208-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

QUINTA SEMANA DE EMBARAZO

A primera hora de la tarde las verduras aún están frescas. Se nota especialmente en las hojas de *mizuna*, en su lozanía, nada que ver con ese aspecto lacio que tienen por la noche. A la gente también se le nota otro brío a esas horas, la predisposición de ir a la compra para prepararse una buena cena y dar cuenta de ella.

Me pregunto si de verdad es el mismo supermercado de siempre. En este, a primera hora de la tarde, no veo bandejas de *sashimi* llenas de pescado medio reseco, tampoco restos de sangre en las de pollo. No hay clientes con mirada de hastío compitiendo ferozmente por comida preparada a mitad de precio. Las luces blancas de neón en el techo iluminan un suelo aún más blanco. Aguzo el oído y escucho la sintonía del supermercado, que repite sin cesar el nombre del establecimiento. La musiquilla se mezcla con el murmullo de los clientes y ese rumor infunde cierto ímpetu a la atmósfera. Me pongo en la cola de una caja con poca gente. Delante de mí

hay un hombre con la espalda encorvada y cuya altura no alcanza siquiera la de mi hombro. No está gordo, pero la carne del brazo con el que sujeta la cesta de la compra se ve flácida. Lleva un paquete (tamaño extra) de *shabu shabu*, carne de cerdo negro de Kagoshima cortada muy fina.

De regreso a casa con la bolsa de la compra medio llena, miro a un cielo aún transparente. Abro la puerta metálica del apartamento y me marea un poco el contraste entre la luminosidad exterior y la penumbra interior. Me quito los tacones y me siento en el suelo de rodillas. A pesar de este cuerpo derrotado en la entrada de casa, incapaz de reaccionar durante un rato, pienso de nuevo: «¡Qué lujo!». Estoy harta de los últimos coletazos de calor del verano, pero me reconforta el frescor que desprende la madera del suelo. Levanto la mirada. Los últimos resplandores del sol de la tarde me conmueven mientras entran por la ventana.

Quedarse embarazada es un verdadero lujo. Es, en cierto sentido, una forma de experimentar la soledad.

Me he quedado embarazada hace cuatro días.

—¡Vaya, ahí siguen las tazas!

Lo dice el jefe de sección nada más volver, casi en un murmullo. El olor a tabaco se mezcla con el aire aceitoso de la tarde.

—¿Desde cuándo están ahí? —dice ahora en un tono de voz más alto—. Ah, sí, ya me acuerdo, desde que se marchó el cliente pasado el mediodía.

Por muy alto que hable o llame la atención sobre la hora, ni las tazas ni sus correspondientes platitos van a ir solos al fregadero.

Nadie levanta la vista de su mesa de trabajo. Nadie se da por aludido. Yo hago como los demás. Me fijo en un punto determinado del ordenador que tengo delante. De tanto mirar la pantalla, termina por dividirse como si se tratara de un dibujo. Estoy ocupada. Sí, estoy muy ocupada. La fecha límite se acerca y también me han pedido un informe con los resultados del primer semestre del año. Estoy ocupada como lo están el resto de mis compañeros

Sobre la hoja de Excel en la pantalla del ordenador percibo una sombra.

—¡Eh, la taza!

Alguien parece hablarle a una taza. Qué cosa más extraña. Aprieto un poco los labios para evitar la entrada de un aliento seco y pulso varias veces seguidas la barra espaciadora del teclado.

—Señorita Shibata.

El jefe de sección está justo detrás de mí. Casi puedo ver el humo que parece desprender.

—Señorita Shibata, aún no ha recogido las tazas de la sala de reuniones.

—Ah, sí...

Me levanto sin apresurarme y, para entonces, el jefe de sección ya ha vuelto a su mesa al fondo de la sala. Acomoda en la silla uno de esos cojines para el dolor de cadera que anuncian en la televisión.

Nadie levanta la vista. Es lógico. Después de todo, su trabajo no tiene nada que ver con recoger tazas. Es probable que jamás hayan pensado siquiera en la existencia de semejante obligación. Levanto una papelería caída en mitad del pasillo y me acerco a la sala de reuniones.

Aunque se llame *sala de reuniones* o *espacio de negocios*, solo es una estancia independiente con una mesa pequeña y

unas cuantas sillas. En uno de los tabiques hay restos de papel de celofán. No se me ocurre por qué ni en qué ocasión habrán necesitado usar celofán en este lugar, pero pronto me doy cuenta de que todos los tabiques tienen esas mismas marcas. Algunas conservan un tacto pegajoso. En la planta de abajo hay una sala de visitas más elegante que solo usan los superiores de los jefes de sección. Bueno, mejor dicho, solo ellos tienen derecho a usarla.

Ha sido un pequeño experimento que ni siquiera puedo calificar de acto de rebeldía. He pensado que tal vez otra persona, quizás algún asistente a la reunión, podría encargarse de recoger las tazas. He imaginado que, al menos, habría alguien capaz de pensar: «La reunión se ha alargado y las tazas del café que nos ha servido la señorita Shibata siguen aquí. Yo me ocupo». Me gustaría saber qué harían ellos si no hubiera alguien siempre dispuesto a recoger las tazas tras una reunión en la que esa persona ni siquiera ha participado.

Tenía la sincera intención de retirarlas y lo habría hecho de no haberme encontrado colillas apagadas en los posos. El olor del tabaco reconcentrado desde quién sabe qué hora me resulta insoportable.

—Disculpe.

Llamo al jefe de sección que pasa por ahí en ese momento. Parece dirigirse a la cocina. Lleva una taza y una bolsita de té en la mano. Debe de ser té *ashitaba*, esa variedad a la que tanto se ha aficionado últimamente.

—¿Podría recoger por mí?

—¿Cómo?

—No puedo, me es imposible.

—¿Qué le pasa?

—Estoy embarazada y el olor del café me sienta mal, me

da náuseas. El del tabaco es aún peor. ¿No estaba prohibido fumar en el edificio?

Así es como me he quedado embarazada.

Cuando en el departamento de personal me han preguntado por la fecha prevista del parto, les he dicho lo primero que se me ha ocurrido: a mediados del mes de mayo del año que viene. Si hago cuentas en sentido inverso, eso significa que estoy en la quinta semana. En otras palabras, les he avisado con mucha antelación.

Me han propuesto acomodar el trabajo a mi estado, es decir, que organice con mi sección los cambios necesarios en función de cómo me encuentre. He consultado con el jefe. Él, a su vez, lo ha hecho con el jefe del departamento. El jefe del departamento no ha sabido qué decir. No tiene que pensar demasiado en el asunto para darse cuenta de que todos en mi sección, aparte de mí, son hombres. Antes de llegar yo había, parece ser, dos mujeres contratadas por horas. Una dejó el trabajo para cuidar de sus padres, la otra, después de casarse.

He pedido salir de la oficina a la hora establecida, al menos hasta que mi cuerpo se estabilice. Han aceptado sin poner pegajos, sorpresa. Puede que hayan hecho algún comentario a mis espaldas, pero si no llega a mis oídos me da igual. Me han aliviado un poco la carga de trabajo y me han dado permiso para marcharme dos o tres horas antes de lo que hacía hasta ahora. El hecho de que el jefe de sección y el del departamento no recuerden nada sobre cómo se encontraban sus respectivas mujeres cuando estaban embarazadas ha sido una bendición para mí.

Más que la hora de salida, lo que de verdad les preocupa es saber quién se encargará de los cafés. ¿Quién va a servirlos cuando vengan los clientes? ¿Quién va a recogerlos? Cuando se acaben las cápsulas de leche, ¿a qué sección debemos ir

para conseguir más? Me han pedido que prepare un documento en Word con las instrucciones correspondientes y luego han organizado una reunión cuando yo no estaba. Al final han decidido asignarle la tarea a un chico que empezó a trabajar aquí hace dos años, nada más graduarse de la universidad.

—Es más fácil de lo que pensaba.

Lo dice con tono de admiración mientras me ve preparar el café en la cocina.

—Es café soluble —le digo.

SÉPTIMA SEMANA DE EMBARAZO

Al principio he creído que se trataba de algún tipo de evento cerca de la estación, o quizás de trabajadores ocupados con sus asuntos, pero nunca habría pensado que tal cantidad de gente fueran en realidad personas que vuelven pronto a su casa. Son tantas, de hecho, que los trenes van abarrotados. Aun así, nadie tiene la expresión alegre de quien puede permitirse salir del trabajo a su hora. Apenas son las cinco pasadas y no deja de sorprenderme ver a todas esas personas con actitud de hacer la cosa más normal del mundo.

La mayoría son hombres. También hay algunas mujeres mayores que yo y solo unas pocas aún más jóvenes. Las chicas se concentran en las pantallas de sus móviles y se preocupan de ceñirse sus vaporosas faldas a las piernas para no molestar a nadie en los vagones repletos. Todas van perfectamente maquilladas, con mucho más esmero que las que solía encontrarme en el tren que tomaba para volver a casa hasta hace poco. Ya es por la tarde, pero la base de su maquillaje está

intacta, el tono anaranjado en sus mejillas resplandece como si acabaran de retocarse.

Por el contrario, las mujeres mayores apenas se maquillan. Suelen vestir camisetas ajustadas: no son camisas, blusas ni tampoco prendas de punto. Solo se me ocurre llamarlas camisetas. La mayoría son blancas o negras, pero si me fijo también veo algunos colores pastel, rosa pálido, amarillo, incluso morado. Al parecer, el modelo básico es una combinación de camiseta con pantalón ancho y cómodo y *walking shoes*.¹ Estoy de pie, distraída. Una mujer delante de mí con una camiseta color verde pastel saca su termo, se sirve un poco de té y lo bebe con calma. Escucho un ligero tintineo producido, seguramente, por los restos de hielo en el interior del termo.

Bajo del tren y entro en el supermercado que queda enfrente de la estación. Me decido por un poco de carne, verdura y otros ingredientes para una receta que he elegido antes de bajar. A esas horas aún hay una gran variedad de productos, y cuando veo el pescado y las verduras de temporada despachadas directamente por los productores, decido meter algo más en la cesta. Hago cola delante de la caja y miro al exterior, a un puesto de *takoyaki*² rodeado de chicos con sus bolsas de deporte, que llevan impreso el nombre de su instituto. Comen sin dejar de hacer aspavientos porque debe de estar muy caliente. Están todos morenos, son tan parecidos que no llego a entender cómo pueden distinguirse entre sí. Termino de hacer la compra, vuelvo a mi apartamento y todavía son las seis y media de la tarde. Salgo al balcón. Oigo a alguien practicar con el piano, repitiendo varias veces la mis-

(1) En inglés en el original. (*Todas las notas son de los traductores.*)

(2) Especie de buñuelo de pulpo.

ma frase musical. Recojo la ropa tendida y la doblo. Paso la aspiradora por encima y cuando termino me pongo a cocinar.

Para la cena preparo un estofado de pollo con verduras y tubérculos. Mientras se cocina en la olla, hago también sopa de miso con berenjenas de otoño y un aperitivo a base de verdura cocida y pasta de pescado. Como tengo tiempo, puedo variar de menú, llevar una dieta sana, adaptada a una mujer embarazada. Me da la sensación de que mi piel está más tersa y de que he aumentado de peso. Ayer, en el descanso del mediodía, un compañero que se sienta frente a mí me preguntó:

—¿No tienes náuseas?

—No, apenas.

—Me alegro por ti. Últimamente ya no compras comida para llevar en el *convini*.³ Será que las embarazadas os preocupáis por llevar una vida sana.

Hace ya una semana que me llevo la comida de casa.

Cuando estoy a punto de terminar la cena empieza a caer la noche. Por la ventana entra la brisa suave del atardecer y me acaricia los pies desnudos. Me levanto para echar la cortina y, de paso, enciendo el programador de la bañera.

Tener tiempo libre me permite bañarme con calma en lugar de ducharme a toda prisa. A veces uso unas sales de baño que me regaló no sé quién y que guardo debajo de la pila del lavabo. Puede que sean imaginaciones mías, pero lo cierto es que tengo la sensación de que esas sales caras me

(3) Del inglés *convenience store*, tiendas abiertas las veinticuatro horas muy populares en Japón.

quitan el cansancio. Debería haberlas usado cuando llegaba tarde a casa, tan agotada que ni siquiera tenía fuerzas para hablar, pero en esos momentos lo último que se me pasaba por la cabeza eran unas sales de baño.

Hoy he puesto unas del mar Muerto y la bañera se ha transformado en uno. Los componentes de la sal entran por las glándulas sudoríparas, eliminan los restos de piel muerta y otros desechos, facilitan la transpiración. Al menos eso indica el envase. Apoyo la espalda en la bañera con la sensación de que mi cuerpo pesa un poco menos de lo normal. Estoy rodeada por el mar Muerto, indefensa. Pienso en una vaca marina que vi hace tiempo en un acuario, la única que he visto en mi vida. Parecía un animal incapaz de nada malo, flotando allí en medio sin hacer nada en absoluto. La expresión de su cara denotaba un carácter afa-ble.

Tal vez sea el efecto de la sal, pero cuando salgo de la bañera y me seco el pelo con el secador, tengo la sensación de que hace mucho calor. Oigo las voces de unos estudiantes que pasan por la calle. Coloco el ventilador en medio de la habitación, el mismo que estaba a punto de guardar, y me siento en el sofá de una sola plaza. No pongo música.

Pensaba que me gustaba la música. Cuando voy de casa a la estación, cuando espero el tren o a alguien con quien he quedado, siempre me pongo música en el móvil. En verano me gusta ir a festivales, y ahora que dispongo de tiempo y estoy sola en este lugar, lo cierto es que no sé cómo escucharla. Si suena ese cantante al que no trago y que pone todo su empeño cuando canta, ni siquiera sé a dónde dirigir la mirada, qué gesto poner. Si es esa banda con un montón de integrantes me siento aún más incómoda. Me pregunto qué harán los aficionados a la música mientras la escuchan. ¿La

oirán en silencio, con los ojos cerrados?, ¿menearán las caderas y la cabeza mientras su mirada se pierde en el vacío? Habito este mundo desde hace ya más de treinta años, pero me doy cuenta de que no sé nada sobre muchas cosas.

Enciendo las lámparas y me tumbo en el sofá. Uso el reposabrazos a modo de almohada. Canturreo como si garabatease algo en el techo. Cuando canto, mi voz suena un poco más ronca de lo normal, pero está bien. Me divierte cantar. Miro el reloj. No hace tanto, justo a esta misma hora, estaba a punto de empezar a cenar.

Me queda aún una larga noche por delante.